

Ian
Gibson

Hacia
la República
Federal
Ibérica



Reflexión y sueño
de un hispanista irredento

Ian Gibson llegó a España en los años cincuenta y se quedó a vivir aquí. Gran amante de nuestra lengua, nuestra cultura y nuestra forma de vida, aboga en este ensayo por la llegada de la república como forma de gobierno y la unión con nuestro vecino Portugal, país con el que compartimos territorio, pero al que hemos ignorado durante siglos. Hispanista de gran prestigio, expone en este texto acontecimientos muy recientes de nuestra historia y múltiples referencias a hechos pasados.

Índice de contenido

[Cubierta](#)

[Hacia la República Federal Ibérica](#)

[De entrada...](#)

[Primera parte. «Cosas de España»](#)

[1. España amor, España rabia](#)

[Hispanistas](#)

[Por fin, el genocida fuera](#)

[Rajoy, Casado, Hernando...](#)

[Y ahora, ¿qué hacer con Cuelgamuros?](#)

[«Las Trece Rosas» y el Cementerio de la Almudena](#)

[¿Un Museo de la Memoria en Madrid?](#)

[La «Reconquista» y la «toma» de Granada](#)

[Empezando a ser hispanista](#)

[La Escuela de Traductores de Toledo](#)

[2. En busca de la España profunda](#)

[En torno al casticismo; Ideárium español](#)

[Antonio Machado, Campos de Castilla](#)

[Árabe y castellano](#)

[Sangre limpia, sangre manchada](#)

[El moro Ricote](#)

[El tren perdido del «Sexenio Progresista»](#)

[La República de once meses](#)

[Gerald Brenan y la carencia de biografías en España](#)

[El Cementerio Civil de Madrid](#)

[Pedro Sánchez con Azaña y Machado, sin olvidar Mauthausen](#)

[Pactos, pactos...](#)

[3. Gobierno de coalición, pandemia](#)

[La «toma» de Granada y VOX](#)

[Investidura, por fin](#)

[La perseverancia de Esquerra Republicana](#)

[España invertibrada](#)

[Ortega Smith, otra vez... y ahora Miguel Hernández](#)
[Soria en el alma](#)
[Abascal úber alles](#)
[Páginas de un diario coronavírico](#)
[Segunda parte. Iberismo, República](#)
[4. Por Iberia con Estrabón](#)
[5. Portugal, el hermano menospreciado](#)
[Desconexión](#)
[A la búsqueda de Turobriga: una aventura transfronteriza inesperada](#)
[Fernando Pessoa y la Mãe Ibéria](#)
[Unamuno y Por tierras de Portugal y España \(1911\)](#)
[Saramago y el iberismo](#)
[El Partido Ibérico Íber y el Movimiento Partido Ibérico](#)
[La XXX Cumbre Hispano-Lusa](#)
[Iberolux](#)
[Portugal y el coronavirus](#)
[6. Cataluña, iberismo y federalismo](#)
[Una reflexión de Richard Ford](#)
[El avance del iberismo catalán](#)
[Joan Maragall](#)
[Maragall y Ribera i Rovira](#)
[«Himne Ibèric» y «Or de Llei»](#)
[Iberisme](#)
[Jacint Verdaguer](#)
[La propuesta federal del PSOE](#)
[Josep Borrell, «traidor»](#)
[Francesc Pujols y los catalanes](#)
[7. Iberia republicana, plurinacional, verde y en paz](#)
[«Indisoluble unidad»](#)
[Los vascos... y la BBC](#)
[¿Delenda est monarchia?](#)
[La Cámara Territorial](#)
[Memoria Democrática](#)
[Cataluña, ¿y ahora qué?](#)
[Iberia será verde... o no será](#)

[Ibericidad, en fin](#)

[Agradecimientos](#)

[Bibliografía](#)

[Fotografías](#)

[Notas](#)

Nueva Penélope, la España no hace sino tejer y
destejer.

MARIANO JOSÉ DE LARRA, *Buenas noches.*
(*Segunda carta de «Fígaro» a su corresponsal en*
París, acerca
de la disolución de las Cortes y de otras varias
cosas del día).

Madrid, 30 de enero de 1836.

DE ENTRADA...

Empecé a escribir este libro a principios de diciembre de 2019. Me encontraba entonces agotado, o casi, ante el espectáculo, mes tras mes, de la interminable crispación política que asolaba —y sigue asolando— el país, pero muy ilusionado, en compensación, por la reciente exhumación de Franco. Hazaña que supuso para mí, así como para millones de españoles, un inmenso alivio tras décadas de espera frustrada. Me parecía que, si Pedro Sánchez lograba ser investido pronto, España iba a poder avanzar por fin, con pie firme, hacia una reconciliación de verdad y un futuro prometedor, pese a la amenaza que implicaba la subida de Vox.

Se me hizo patente, en aquellas circunstancias, la necesidad imperiosa de explicarme cómo me metí, o me metieron, en el ámbito del hispanismo; de apuntar mis reflexiones sobre aspectos del país y su manera de ser que me habían ido llamando especialmente la atención a lo largo de medio siglo; y de desarrollar mis intuiciones e ilusiones sobre el advenimiento de una posible Tercera República, de estructura federal: única solución, me parecía y me parece, al por lo visto eterno problema del separatismo vasco y catalán. Sobre todo, quería soñar con la epifanía de una República Federal Ibérica que, llegado el momento, permitiera desarrollar toda la potencialidad cultural y económica de esta fabulosa península ubicada entre Europa y África, el Atlántico y el Mediterráneo. Península poblada, a lo largo de milenios, por gentes de la más diversa procedencia étni-

ca, tanto del Mare Nostrum cuanto de allende los Pirineos. Si estuvo unida Hispania bajo los romanos —meditaba— cuyo idioma, en versión actualizada, continúan hablando sus habitantes, ¿por qué no ahora, en un mundo cada vez más pequeño?

La pandemia, con sus confinamientos, restricciones e incluso prohibición de viajar e indagar por el ruedo ibérico, Portugal incluido, cambió de manera radical mi proyecto y lo convirtió mayormente en régimen de lecturas, relecturas y remembranzas, así como, a trozos, casi en dietario. ¿Cómo resistir el encierro sin comentar lo que encontraba en la prensa, escuchaba en la radio o veía en la televisión, sobre todo los enconados debates del Congreso, con la oposición más bronca que nunca, más renuente a colaborar, a dialogar, a cooperar?

Entre dichas lecturas y relecturas, las ponderaciones de los iberistas Fernando Pessoa, por el lado portugués, e Ignasi Ribera i Rovira y Joan Maragall, por el catalán, me abrieron los ojos a una corriente de pensamiento cuya historia y envergadura desconocía, a excepción de las apreciaciones al respecto de José Saramago. Me confirmaron en mi convicción de las enormes ventajas que podría ofrecer a sus habitantes una Península Ibérica confederada. Y no solo a ellos, sino al mundo entero, empezando por Iberoamérica.

El lector notará que, en mi seguimiento de la actualidad, me remito mucho, algunos dirán demasiado, a *El País*. Ello necesita una explicación.

He sido lector asiduo del diario desde mi asentamiento permanente en España, ocurrido en 1978. Es más, se convirtió rápidamente en una necesidad sin la cual no podía empezar el día. Llegué, poco a poco, a conocer a algunos de sus redactores, incluso a tener amistad con ellos, en primer lugar con Juan Cruz, a quien debo mucho (tan es así que gracias a él tuve durante más de un año mi propia columna semanal en la edición andaluza del periódico). No

concibo mi vida sin *El País*, aunque esto no quiere decir que me haya complacido siempre su línea editorial —como se aprecia en algunos momentos de este libro—, ni que no me haya nutrido, a lo largo de más de cuarenta años, de otra prensa. Pienso especialmente en *La Vanguardia*, *El Mundo*, *Público* y, antes, *Diario 16*. Pero *El País* siempre ha sido mi acompañante cotidiano principal.

El libro se entregó al editor a mediados de noviembre de 2020, o sea un año después de comenzado. Acabo de leer las pruebas de imprenta. Me imagino que para todos los escritores recibir las galeradas de su próxima obra constituye a la vez una alegría y una ansiedad. Alegría porque supone contemplar y enjuiciar con cierta distancia lo que uno ha llevado tanto tiempo madurando dentro, en las entrañas, casi a escondidas. Y ansiedad porque la tentación de introducir cambios hasta el final, sobre todo en el caso de ser un texto con múltiples referencias al momento presente, puede resultar casi insuperable. Me ha costado un gran esfuerzo resistirla.

Espero que estas modestas páginas sean capaces de inducir en el lector la revisión de tal o cual prejuicio —todos los tenemos—, e incluso de iniciar una indagación propia sobre algún aspecto de las culturas, idiosincrasias e idiomas de la península todavía sin explorar por él (o ella, perdón). Las posibilidades para la investigación son infinitas. Y están al alcance de la mano.

IAN GIBSON

Lavapiés (Madrid)

22 de diciembre de 2020

PRIMERA PARTE «Cosas de España»

Cosas de España: la expresión, frecuente entre todas las clases, sirve para que los nativos indiquen lo que o bien no pueden o no quieren explicar a los extranjeros.

RICHARD FORD, *A Hand-Book for Travellers in Spain, and Readers at Home*, 1845.

1

ESPAÑA AMOR, ESPAÑA RABIA

*Mas otra España nace,
la España del cincel y de la maza,
con esa eterna juventud que se hace
del pasado macizo de la raza.
Una España implacable y redentora,
España que alborea
con un hacha en la mano vengadora,
España de la rabia y de la idea.*

ANTONIO MACHADO, «El mañana efímero»^[1]

HISPANISTAS

Alrededor del mundo, a veces en los rincones más insospechados, más peregrinos, hay hispanistas: gente rara que, siendo extranjeros, nos dedicamos profesionalmente a las «cosas de España». A veces los departamentos universitarios correspondientes tienen una sección especializada en Cataluña y, dando el salto al otro lado de la frontera, en Portugal. Historiadores, filólogos, biógrafos, ensayistas... Incluso hay quienes se afanan indagando sobre algún aspecto de Iberoamérica. Que yo sepa, no hay palabra específica para describir a los foráneos (o sea, «los de fuera») que se devanan los sesos investigando, de manera vocacional, aspectos culturales de, por ejemplo, Francia, Italia, Alemania, Irlanda o Inglaterra. ¿Es que España, otra vez, resulta ser diferente? Creo que sí, por razones, o por lo menos algunas de ellas, que iré sugiriendo en estas páginas.

Páginas que empiezo en Madrid a principios de diciembre de 2019 y que espero llevar a buen puerto, si hay suerte, hacia el otoño de 2020.

Para entrar en materia diré, primero, que, llegada a este último mes del año, la política española me tiene hecho polvo, con tantas consultas electorales, tanta procrastinación, tanto egoísmo flagrante, tantas expectativas frustradas, tanto «bloqueo» de iniciativas legislativas y tanta renuencia a dialogar en interés del bien común. Si pronto no hay investidura de Pedro Sánchez y se convocan nuevos comicios, estoy convencido de que la situación va a ser aún más devastadora.

¿Es que los habitantes de este país son masoquistas decididos a no ponerse nunca de acuerdo sobre nada, a estar siempre a la gresca, enfrentados? ¿Es que son incapaces de buscar soluciones de compromiso, transacciones? ¿Es que quieren perder una vez más el tren del progreso, cuando hay tanto que hacer y mejorar, tanto que ofrecer al mundo, y tantos factores obrando a favor de una España plenamente integrada en Europa y cuando nadie habla aquí, ni por asomo, de un Brexit ibérico?

Hace unos días, la militante socialista más anciana del país, Ángeles Flórez, *Maricuela*, nacida en 1918, advirtió del grave problema que constituye el ascenso de Vox, recordando que en Francia, venido el momento crucial, los socialistas tuvieron la sensatez y la visión política, ante la amenaza de Le Pen, de apoyar a Jacques Chirac. «Con todo lo que vi en mi vida —dijo Flórez—, no puedo comprender que una nación que estuvo cuarenta años con una dictadura ahora vea lo que pasa y no haga nada... Es como para morirse. Si estuviese del corazón, creo que me moriría [...]. ¡Está avanzando la extrema derecha y los dejan tan tranquilos! ¡No hay que dejarlos pasar! Yo deseo que España tenga una derecha normal, una derecha que defienda sus ideas, pero que, cuando haya un peligro para España, se unan todos los partidos»^[2].

¡Ay, Maricuela de mi alma, Vox está porque muchos españoles lo han decidido así! Yo también deseo que España tenga *una derecha normal*. No la tiene todavía. ¿La tendrá un día? Los dioses lo quieran. La de ahora no parece haber aprendido nada en décadas. Albert Rivera, que empezó muy bien, que prometía, que tenía un mensaje de centro para toda España, ya está fuera de juego, tras el fracaso de Ciudadanos en las últimas elecciones. Se ha ido de rositas y nadie, ni su propio partido, habla de él, como si no hubiera existido. Bueno, casi nadie, pues sí ha tenido algo que decir al respecto, y no para bien, su «padrino político», Francesc de Carreras, cofundador del partido y muy decepcionado con el viraje de Rivera a la derecha. Los de Ciudadanos se han visto reducidos a solo diez escaños en el nuevo Congreso, lo que no les impide seguir poniendo pegas a la investidura de Sánchez, ellos, que hace dos años, con más de cincuenta, casi lograron formar Gobierno con él. Es como si aquí no hubiera nada estable, como si siempre estuviéramos pisando un tremedal capaz, en cualquier momento, de tragarnos definitivamente. Lo expuso con amargura Antonio Muñoz Molina, en 2013, en su estupendo alegato *Todo lo que era sólido*.

Pese a tanta desesperación, sin embargo, algo de importancia trascendental acaba de ocurrir. Algo que me impide perder la esperanza en el cercano alumbramiento, que tanto deseo, de la España tolerante, culta y dialogante.

POR FIN, EL GENOCIDA FUERA

El 11 de septiembre de 2018 el Congreso de los Diputados aprobó, con la abyecta abstención del Partido Popular, la exhumación de Francisco Franco Bahamonde. Estuve aquella mañana en la tribuna pública. ¡Qué emoción, después de tanta espera! Luego todo resultó muchísimo más

difícil y prolongado de lo previsto. El 24 de octubre de 2019 —fecha para la Historia con mayúscula—, el Gobierno en funciones de Pedro Sánchez, con la muy tenaz ministra Carmen Calvo en primera línea (con visita peliaguda al Vaticano incluida), consiguió por fin salirse con la suya y sacar al dictador del Valle de los Caídos. Ello tras superar, una por una, las pegadas sucesivas puestas por la familia y sus abogados, los blanqueadores y nostálgicos del régimen —entre ellos, casi doscientos militares franquistas que firmaron un manifiesto de protesta—, jueces conservadores, el prior falangista de los benedictinos a cargo de la basílica de Cuelgamuros, y hasta el Tribunal Supremo (que nos asombró con la noticia de que, a partir del 1 de octubre de 1936, Franco, y no Manuel Azaña, fue jefe de Estado de España^[3]).

La operación de exhumación y traslado de los restos del dictador al Cementerio de Mingorrubio, en El Pardo, se efectuó con la máxima profesionalidad, discreción y dignidad, presidida, en su calidad de notario mayor del Reino, por la ministra de Justicia, Dolores Delgado, a quien vimos en la explanada de la basílica como una diosa griega, hierática, impenetrable, sin que se le moviera un músculo de la cara.

La extracción del ataúd se había llevado a cabo sin la presencia de los medios de comunicación, con la única asistencia, además de la ministra y los operarios, de los familiares de Franco.

Los despojos mortales del genocida, transportados en helicóptero —había otro por si acaso algo fallara—, fueron depositados inmediatamente en el panteón familiar, donde yacían, desde 1988, los de su viuda, María del Carmen Polo. Ello a dos pasos de la que había sido residencia oficial de Franco durante cuatro décadas (ilustración 1).

Tuve la suerte y el privilegio de ser uno de los invitados aquella mañana al programa *Al rojo vivo*, de La Sexta, dirigido por Antonio García Ferreras. Ello me permitió no solo seguir, en las distintas pantallas del plató, el minuto a minu-

to de lo que ocurría en las afueras de la basílica de Cuelgamuros, sino, además, declarar públicamente que se trataba de uno de los días más felices de mi vida. Tenía la sensación, al decirlo, de estar representando de alguna manera, aunque por supuesto no oficialmente, a muchos miles de hispanistas que, alrededor del mundo, aman este país y desean su progreso. Porque, ¿cómo dudarlo?, la inmensa mayoría de ellos no podíamos sentirnos indiferentes ante la vergüenza de una España que, casi medio siglo tras la muerte de Franco en 1975, seguía manteniéndolo, con todos los honores, en el tétrico mausoleo en el cual se amontonaban los huesos de más o menos doce mil de sus víctimas, vilmente arrancadas de sus fosas comunes sin el permiso de sus familias.

Lo más bochornoso de todo el largo proyecto de exhumar al dictador había sido la determinación de los suyos, anunciada inesperadamente, a bombo y platillo, de trasladarlo —caso de resultar inevitable el desalojo de Cuelgamuros— a la cripta neorrománica de la catedral de La Almudena, situada en pleno corazón de Madrid. Cripta donde no solo yacen los restos de su hija, Carmen Franco Polo, al lado de los de su marido, Cristóbal Martínez Bordiú, sino en la cual la familia posee dos tumbas vacías.

La noticia saltó el 26 de septiembre de 2018. Se trataba de una jugada genial de los Franco.

¿Cómo era posible que el Gobierno en funciones de Pedro Sánchez y sus asesores no se hubiesen dado cuenta del nuevo peligro que se cernía sobre el proyecto de exhumación? ¿Que ningún periodista llamara previamente la atención sobre la presencia, en la cripta, de la hija del dictador y su marido, además de las tumbas desocupadas? Parecía mentira.

La jugada había sido genial, sí, cogiendo al Ejecutivo por sorpresa. Tener al Caudillo en La Almudena, además, habría conllevado para la familia y los nostálgicos del régimen enormes ventajas añadidas, por la ubicación del tem-